

UNA AVENTURA DE INTRIGA Y SUSPENSE DE
GABRIEL CABALLERO

PABLO POVEDA

LA ISLA DEL SILENCIO



Una mañana cualquiera de verano, la Costa Blanca alicantina, turismo, calor y un mundial de fútbol en el que España gana. La redacción está a punto de cerrar cuando el periodista Gabriel Caballero decide coger una llamada anónima. Tras morder el cebo, el interés lo lleva hasta una fábrica de embutidos. El desenlace: dos crímenes y una acusación de asesinato.

Gabriel piensa que es inocente, pero tendrá que ganarse su libertad demostrando la verdad de la mentira.

Con el mundo contra él, encontrará accidentalmente la ayuda del oficial Rojo para adentrarse en una trama de sectas, acción y aventura.

Una novela policíaca ambientada en el litoral mediterráneo de la costa española. Crímenes, intriga y suspense edulcorado con una historia de amor y la isla alicantina de Tabarca como uno de los escenarios principales. Una aventura que mezcla las religiones, destapa pensamientos y comportamientos humanos y critica el amor imposible con altas dosis de humor ácido, acción, libertinaje y emoción.

*«Para el corazón, la vida es simple: late tanto
como puede. Después, se detiene».*

Karl Ove Knausgård

CAPÍTULO 1

Ser periodista se resume a una sola cosa: eres una mentira. Jamás me lo contaron en la facultad. Recuerdo que lo pregunté en varias ocasiones. Pero quién me iba a decir tal cosa, arruinaría mi carrera y posiblemente me hubiese convertido en médico o abogado. En mi caso, no había mucha opción, y además, siempre había sido un imbécil. Por eso me convertí al oficio, siendo el mejor de todos mis compañeros. Siendo el mejor que existió en aquel maldito periódico.

No obstante, mi carrera terminó pronto. Internet terminó con lo poco que quedaba del papel y todo el mundo se volvió loco, como en la crisis del 29 pero esta vez, en lugar de tirarse por una ventana contra el asfalto, se lanzaba contra otra ventana. La crisis económica, España y el mundial de fútbol y una generación de jóvenes echando las tardes en la Puerta del Sol. Era julio, la policía repartía mamorros y nosotros lo veíamos en televisión, sentados en un sofá de estudiantes, con una Mahou en la mano. Alicante era un San Francisco español con sus palmeras, prostitutas a escondidas, turismo de sandalias y calcetines altos. Tuve más suerte que otros compañeros de facultad, que entonces trabajaban poniendo perritos calientes o disfrazándose de Harry Potter para ganarse la vida. Yo podía poner el culo por escribir y aunque fuese poco, me pagaban por ello. Un poco de morro y unas prácticas no remuneradas y poco a poco me hicieron hueco en un escritorio. Un montón de folios reciclados y un ordenador prehistórico para redactar

noticias en Las Provincias, el segundo diario por la cola que cubría el Levante español. Aquel verano fue un infierno, y no solo por el estupor de la calle, que convertía las avenidas en un horno crematorio. No, no solo por eso. También por la gente. La gente que me rodeaba. Había llegado a mis límites, o yo a los suyos. A principios de verano tomé la determinación de quedarme en el diario y así sentenciar mi muerte profesional con la sección de sucesos. Por muy mal pagado que estuviera, me daban lo suficiente para mantenerme, pagar las facturas del piso en el que vivía y los vicios del fin de semana.

Escuchábamos la Cadena Ser porque la línea del diario era contraria y eso les hacía sentir mejor a mis jefes, cincuentones revolucionarios buscando la verdad debajo de sus mesas. A mí me importaba más bien poco, por no decir una mierda, pero estaba harto de escuchar a Gabilondo porque además de ser un coñazo, pertenecía a otra época. Ortiz era un viejo calvo y larguirucho que siempre vestía camisas de cuadros y tenía el bigote amarillento de fumar Ducados. Ortiz era el director entonces y un pobre impresentable con una vida feliz. Todos los que estábamos allí lo éramos, impresentables, únicos. Pero la profesión se trataba de eso, si no, perdía todo su encanto. Siempre que cogía el teléfono, me topaba con algún listo al otro lado que me hablaba a gritos o con voz soporífera. El complejo de querer ser culto y no poder. Ninguno lo éramos, porque si hubiese habido alguien con un poco de brillo, se habría dado cuenta de que aquella redacción era una puerta al averno.

Y entonces yo, que si era tan listo, qué hacía allí, ¿verdad?, o eso me decían mis padres cuando hablaba con ellos una vez al mes. No estaban muy orgullosos, aunque sí bastante cansados de que viviera en el apartamento que se había quedado mi padre tras la muerte de su tía. Era un cuchitril abandonado y con olor a vieja y posguerra, pero bien situado junto a la Plaza de Toros. Querían venderlo y desha-

cerse tanto de él como de mí, pero no era tan fácil. Mi madre aún tenía misericordia y no sabía cómo decírmelo abiertamente. Mientras, yo alimentaba la excusa diciéndole que estaba buscando piso con Margarita, una chica con la que solo me acostaba, pero esa era otra historia.

Sudando la maldita gota gorda y con el aire acondicionado estropeado, allí estábamos a medio día viendo como las chicas lucían pantalones por los que se les salía media nalga, con sus sandalias de dos euros, las gafas compradas al inmigrante sin visado y las toallas al hombro, mostrando un estilo único y desapercibido.

Estaba a punto de plantarme y tirarlo todo por el suelo, encenderme un cigarro en la cara del viejo de Ortiz y decir que abdicaba cuando el teléfono de la centralita sonó una vez más aquella mañana de verano.

—¿Sí? —dije.

—Quiero hablar con el señor Gabriel Caballero —dijo una voz.

Parecía asustada.

—¿Quién llama? —dije.

—¿Es usted el señor Caballero? —preguntó la voz.

—Llámeme Gabriel —dije—. No me llaman así desde la escuela.

—Necesito citarme con usted —dijo el hombre—. Hoy.

—Mire, si no me dice quien es —contesté—, no podré ayudarle.

—Es urgente —repitió.

—Escuche, tengo mucho trabajo —dije. No era cierto, pero aceleraría las cosas—. Dígame quién es. No tengo todo el día.

—No puedo por aquí —dijo—. No es seguro.

Ortiz salió de su cuarto. Llevaba demasiado al teléfono y eso llamó su atención.

—¿Quién llama? —dijo Ortiz—. Pásamelo.

—No es importante —dije tapando el micrófono—. Son del crematorio.

Ortiz se metió en su cuarto y cerró. No quería saber nada de la gente del crematorio:

—Oiga, no tengo todo el maldito día. Dígame que quiere.

—Hidalgo me ha dicho que eres de fiar —dijo—. ¿Es cierto?

Sus palabras me hicieron dudar. Hidalgo era el rector de la Universidad de Alicante. Había sido mi profesor de facultad y nuestra amistad iba un poco más allá de la normal entre un estudiante y un alumno. Sin embargo, no sabía nada de él desde que había sido nombrado rector. Por algún extraño asunto, quiso olvidarse de nuestra relación.

—Sí.

—Entonces, veámonos en persona —dijo y me entregó la dirección de un lugar que desconocía. Dio varias indicaciones y colgó.

Cogí un bolígrafo y un cuaderno y salí de la oficina sin decir adiós a nadie.

El sol picaba directo a mi espinazo, calentándome la coronilla. Caminé bordeando el puerto marítimo hasta que llegué a mi coche, un Seat Ibiza GTI rojo, una máquina de correr y un lugar incómodo en el que esconderse para meterse mano.

Arranqué el coche y automáticamente sonó la cinta que había dentro. Led Zeppelin cantaba *I'm gonna leave you*, y lo primero que vino a mi mente fue Patricia y su novio, besándose días atrás en un bar de moda. Patricia era mi ex novia, otra escama en la ristra de puntos suspensivos de mi vida.

Cogí la cinta y la tiré por la ventanilla.

—¡Que te jodan, furcia! —dije y me reí mientras una mujer que caminaba con sus hijos me llamó grosero.

Así era la vida, así era yo.

Puse la llave de contacto y saqué unas gafas de sol negras.

Rock and roll y hacer lo que la vida me dejara.

CAPÍTULO 2

Seguí las indicaciones y salí de la ciudad por donde me había dicho, dejándome llevar por la carretera secundaria que iba en dirección al sur. Un contraste de tonalidades, tórridas pero suavizadas por el oasis mediterráneo que proporcionaba la costa alicantina. Coltrane sonaba en Radio 3, mi emisora favorita. La radio era lo que aún nos quedaba a los pocos que vivíamos con la justa tecnología. El mundo se había convertido en un lugar deleznable lleno de gente hipócrita y absorbida por los anglicismos, la conexión 3G y los megapíxeles. Un mundo en el que ya no se iba al cine porque era mejor verlo gratis en casa. Y razón no faltaba. La gran pantalla había dejado de ser algo interesante después de los noventa. Yo solo iba al cine cuando era gratis o me invitaba alguna chica. No podía permitirme tales tipos de consumo, generalmente, porque era pobre y mi filosofía de vida prefería una botella de ginebra antes que una película con Brad Pitt y Edward Norton. Leía a los viejos que eran los únicos que podía sacar de la Biblioteca Municipal y me encerraba en mi cuarto entre latas verdes de Mahou y libros con el sello azul. Con esto, uno no necesita dar muchas explicaciones de por qué las mujeres preferían a veces irse con otros, cuando el término otros, significaba todo aquel que no fuera yo. No las juzgaba, de hecho, amaba a las mujeres, a todas. Patricia se portó muy mal conmigo y eso es algo que nunca perdonaré porque dudo que quiera hacerlo. Al resto, siempre las tuve en consideración y si preferían a otros lo respetaba, yo también había hecho lo mis-

mo en otras ocasiones y es que en esta vida, a veces se gana, otras también pero muchas veces se pierde, y yo había perdido tantas veces que en mi corazón se había formado un callo a prueba de balas.

Coltrane a todo trapo trompeteando como solo él sabía, y yo disfrutándolo con la ventanilla bajada mientras perdía de vista a un lado la playa de Urbanova. El negro me hacía sentir bien y yo siempre lo había admirado, por muy de moda que se estuviera poniendo de nuevo Miles Davis y el jazz volviese a ser algo más que una música para follarse o emborracharse en un bar. A mí no me importaba, incluso me gustaba que volviera a ser popular porque así podía escucharlo más a menudo. El jazz estaba en todas partes pero a ninguno nos interesaba. No tenía apenas discos y tampoco pensaba en comprarlos. Con una radio en casa y otra en el coche, mientras no estuviera en ninguno de los dos lugares, me dedicaba a tararear como un viejo loco en el autobús.

Pasaron varios minutos cuando supe que estaba perdido. No me sonaba nada de lo que tenía a mi alrededor. Mirara a donde mirara, solo veía desierto. El viejo móvil comenzó a sonar. Vi que era Ortiz, mi jefe. Lo apagué lanzándolo a la parte trasera del coche. Una carretera secundaria perdida, un camino asfaltado lejos de la autovía. La carretera se perdía hasta una subida que hacía de horizonte. A lo lejos, un edificio de dos plantas y un pequeño aparcamiento. El ventilador chirriaba, yo sudaba como un puerco.

—Debe de ser ahí —dije en voz alta, hablando para mí, porque a veces, escuchar mi voz era lo único que me mantenía cuerdo. Conduje hasta el final. Conforme me acercaba a aquel edificio, la silueta de un hombre se hacía más y más grande. Era un hombre gordo y calvo, sudado como una pelota de plástico bajo el sol, casi derretida por el calor. Se limpiaba la frente y la papada con un pañuelo de tela y llevaba una americana y una camisa blanca que le cubría la tripa.

Aparqué a un lado, dejado atrás una polvorienta nube de tierra. El paisaje desolador, me recordaba al final de una película en el desierto americano.

Me acerqué a él, parecía inquieto.

—¿Gabriel Caballero? —dijo.

—Ya le he dicho que no me llame así —dije estrechándole la mano, sudada como un pescado muerto—. Mejor nos tuteamos.

—Como quiera —dijo el gordo.

—¿Qué es lo que quiere? —pregunté. El calor era más intenso—: Me estoy jugando el trabajo.

—Mejor dentro —dijo—. Nos vamos a cocer aquí.

Miré hacia arriba y vi un pequeño cartel. Al entrar, mis elucubraciones se confirmaron. Nos encontrábamos en una vieja fábrica de embutidos, con su característico olor a carne muerta, rancia y desinfectada. Un hedor fuerte nos azotó las narices. Sentí un latigazo en el estómago, después en la cabeza. No podía ver sangre, ni siquiera pensar en ella. Era mi punto más débil. Todos teníamos uno y aquel era el mío. Mi abuela siempre quiso que fuera médico. En el lecho de muerte, postrada en la cama, cabizbaja, me preguntó por última vez si algún día trabajaría como doctor. Fallé a mi abuela, y a todos los demás. No era una cuestión estética, pues la sangre, a través de la pantalla, no me producía ningún tipo de náusea. Era su hedor, el sabor metálico, el ambiente de los hospitales, verla esparcida en el suelo, en el cuerpo de otros. Era la presencia de la muerte, porque aunque la sangre era vida, para mí, solo significaba eso, óbito. La tufarada animal impregnó mis pulmones. Sentí un hormigueo en la vista. Respiré hondo, no quería marearme delante de aquel tipo, así que aguanté la respiración y continué caminando.

—Esto es un infierno —dije.

—Al final, uno se acostumbra —dijo el tipo riéndose—. El olor forma parte de ti. Es como absorber el alma de cada animal muerto.

—Repugnante —dije. Me imaginé a una bandada de fantasmas sobrevolando nuestras cabezas allí dentro—. ¿Puedo fumar?

—¿Bromea? —dijo el hombre ofendido.

—No, no sé —dije—. Es el olor... ¿Puedo o no?

—Claro que no —contestó—. No puede. Nadie puede saber que hemos estado aquí.

Miré a las esquinas y vi varias cámaras de seguridad apuntándonos a nosotros.

—Claro —dije.

—Sígueme a la oficina —dijo el hombre interrumpiéndome. Caminó por unas escaleras de hierro que llevaban a una primera planta. Desde lo alto, vi una panorámica de la fábrica. Impresionante. A mis pies y desde lo alto, contemplé un embudo de aluminio del tamaño de una piscina. Ocupaba parte de la fábrica. En el interior, dos aspas metálicas y un rodillo.

—¿Qué es? —dije.

—La mejor del mercado —dijo el hombre orgulloso—. Podría convertir a un toro en carne picada en cuestión de segundos.

Imaginé al pobre animal cayendo al vacío, despedazado por la trituradora.

—¿Qué es lo que quiere? —pregunté.

—Pase, por favor —dijo y entramos en su oficina.

Un cuartucho con una ventana, decorado con un banderín de España y un calendario de tractores:

—Gracias por venir.

—No me dé las gracias aún.

—Quiero confesar un crimen —dijo el hombre—. He matado a la persona equivocada.

Por un momento pensé que me tomaba el pelo.

—¿De qué habla? —pregunté.

—Ellos me obligaron —dijo—. Hidalgo me dijo que se lo contara.

—¿A mí? —pregunté—. ¿Por qué? ¿De qué conoce a Hidalgo?

—Trabaja en un periódico, ¿no?

—Escuche, si es verdad lo que dice, debería hablar con la policía —dije—. Mire... Yo tengo bastante con lo mío...

—Ellos quisieron, joder... —dijo—. Tiene que ayudarme.

—No sé si puedo hacerlo.

—Hidalgo me dijo que lo haría.

—Hidalgo, Hidalgo... —dije. Me estaba cabreando—: ¿Qué cojones le contó?

—Él es un buen amigo, un buen hombre —dijo el tipo, quisquilloso en sus palabras—. Por eso no puedo meterlo en más problemas... Por eso usted tiene que ayudarme. También es su amigo, ¿verdad, señor Caballero?

—¿Quiénes son ellos? —pregunté. El hombre se repetía. Si quería saber algo, tenía que insistir—: ¿De qué va todo esto?

—Nos están escuchando —dijo y apuntó al techo. Miré pero no vi nada. Aquel hombre me estaba poniendo de los nervios y yo me iba a largar de allí cuando abrió un cajón de su mesa y sacó un sobre amarillo—: Tome, cójalo. Ayúdeme. Aquí tiene lo que necesita.

Me entregó el sobre y lo cogí.

—¿Qué es esto? —dije.

—Todo lo que necesita.

Miré en el interior. Solo había billetes de euro.

—¿Me está comprando? —pregunté—. Creo que se equivoca de persona.

—¡Cógelo, joder!

Tomé su palabra, doblé el sobre y lo guardé en mi bolsillo trasero del pantalón.

El hombre comenzó a reír y se limpió el sudor de la frente una vez más.

—¿De qué se ríe ahora? —pregunté.

—Hidalgo tenía razón —dijo—. Es usted un idiota, un auténtico idiota.

—Estoy empezando a cabrearme —dije—. Vamos a tener jaleo.

Haciendo caso omiso, el hombre salió de la oficina y pulsó un botón rojo que había en un panel junto al pilar de hormigón.

Las hélices de la trituradora comenzaron a girar más y más rápido. El motor se puso en marcha. Un ruido infernal atravesó mis tímpanos.

El hombre, a pesar de su sobrepeso, subió con agilidad la barandilla metálica y mantuvo el equilibrio moviendo los brazos.

—Que tenga suerte... —dijo mirándome a los ojos—. Y recuerde, yo no quería matar a esa chica.

Tras sus palabras, saltó al vacío, vestido, como una longaniza humana, zapatos puestos y la camisa sudada. Salí tras él, pero tarde. Su imagen grabada en mi retina, el gordo cayendo como un saco de harina, despedazado como un pollo y blando como la manteca.

Primero, un ligero graznido, y después, como un aspersor, una ráfaga líquida de sangre salpicó las paredes de rojo intenso. Vomité, lo tiré todo allí, el café y la tostada, hecha migajas. Vomité varias veces, nauseabundo y angustiado, pulsé el botón, la máquina paró y bajé las escaleras, dejando lo que quedaba del hombre grueso atascado en la máquina.

Salí a la soledad del desierto sin mirar atrás, en aquella fábrica maldita y caí de rodillas contra el suelo.

CAPÍTULO 3

Lo que pasó después, no lo recuerdo muy bien. Me sentí ahogado y con la imagen de aquel hombre grabada a fuego en mi sien. Decidí pasar el resto de la tarde en un bar, emborrachándome en soledad hasta que lograra olvidar algo. No era fácil y tampoco sabía a quién llamar. Simplemente, no podía. No podía permitirme meter en tal situación a mi familia o a cualquiera de los pocos amigos que me quedaban. Había sido un idiota, un completo imbécil cogiendo aquel sobre cuando me había dado cuenta de la presencia de la cámara. El alcohol me ayudó a encontrar una solución rápida e irracional. Debía regresar y destruir cualquier tipo de prueba antes de que la policía llegara. Aunque fuese un lugar apartado de la ciudad y en medio de la nada, aunque ya nadie trabajara allí, bastaría con que deseara olvidar algo para que un espontáneo se acercase a curiosear donde no le llamaban. La situación me sobrepasaba, aunque algo me decía en mi más profundo interior, que todo saldría bien, o eso quería yo creer.

Encendí el teléfono mientras pedía la segunda cerveza y un pincho de tortilla en la barra de un bar de barrio tan típico y estereotipado como las cafeterías del cine. Tenía llamadas de Ortiz y un mensaje de Manuela preguntándome cómo me iba.

Me encantaba Manuela. Era una chica por la que habría deshecho mi vida varias veces. Una muchacha hecha y simpática aunque con las cosas no muy claras. Vida en Madrid y trabajo en una editorial pequeña. Manuela había sido mi

gasolina en los tiempos de facultad. Pechos protuberantes, un rostro dulce y suave y largas piernas por las que uno se podía perder divagando sobre cómo acariciarlas. Sin embargo, no sabía nada de ella hasta que un día me escribiera borracha, sin previo aviso, declarando sus intenciones. A nosotros nos unía poco, pues ella estaba interesada en los hombres adultos y con un porvenir. Yo no entraba en esa categoría y puede que aquello fuera la vía de escape para los dos. Salimos varias noches juntos hasta que nos acostamos borrachos en una pensión cercana a la playa. Nos abrazamos, follamos hasta el amanecer y después conduje hasta su casa. La segunda vez fue mejor, más intensa, más dura. A Manuela le gustaba follar conmigo y a mí con ella. Nos divertíamos. Era la puerta a todo eso a lo que yo no tenía acceso, ni siquiera interés, aunque de cuando en cuando, no me hiciera daño. Las editoriales, el mundillo de los escritores en Madrid, Barcelona y el Poble Nou. Los editores. Los niños pijos modernos de Malasaña. Las drogas. Los *gin-tonics* con pepino y los libros de Foucault, las películas de Fellini y la guapura de Jean-Pierre Léaud.

Aldardeaba de leer el periódico cuando yo ni siquiera lo hacía pese a escribir en uno de ellos. Yo era periodista de profesión, me pagaban por ello, aunque no significaba que me gustara lo que hacía. Los tópicos me habían agotado intrínsecamente en la facultad, mucho antes, entre las páginas de Kapuściński, Tom Wolfe y Pedro J. Ramírez.

La aparente idea de no ser un entendido de su mundo, era lo que le gustaba de mí, además de cuando la empujaba contra el cabezal de la cama y la hacía gemir como a una hiena. Pero Manuela no era solo sexo, sino también dulzura. Los dos sabíamos que nunca estaríamos juntos, que seríamos una parte del engranaje de la vida pero no una pieza clave del otro. Algo temporal y reemplazable como un producto de segunda mano.

Tiempo después, supe que tenía novio. Me habían contado que entonces se veía con un viejo asturiano de gafas